

## PRÓLOGO

### CANTO CORAL

Olga Novo

Sabemos que al menos desde hace 540 millones de años unas criaturas marinas llamadas octocorales producen luz: es la llamada bioluminiscencia. La enzima luciferasa cataliza una reacción que hace que estos invertebrados brillen. Su lenguaje en las profundidades del océano es, pues, fulgor. Quizás la supervivencia del planeta radique en que los humanos seamos capaces de amar esa luz, que podamos, en fin, desvertebrar el entendimiento.

Hacia esa región abisal del pensamiento poético se dirige *A desvértebra (La desvértebra)*, de Ana Romaní, siempre audaz entre los que llevan una rosaliana estrella en la frente. En la senda de las solitarias radicales en hermandad bioluminiscente con E. Dickinson, Romaní regresa con un giro epistemológico de enorme trascendencia, situándose en la línea del ecofeminismo científico de Donna J. Haraway, con cuyas palabras abre esta obra: “tod\*s somos líquenes, corales”.

Frente al distópico Chulhu de H.P. Lovecraft, ese absoluto horror cósmico, o el Capitaloceno, Haraway propone la esperanza de reconectar con la vida en una nueva Era, el Chthuluceno, en realidad una trans-Era pues siempre ha existido y sigue existiendo en el gesto individual de quien

respetar el medio y vive en armonía con él. Haraway propone, o más bien reclama con urgencia, una "política multiespecies" basada en la idea de la interconexión de todo lo existente, la "simpoiesis" (crear, hacer con, en comunidad). Y así, sus "String Figures" nos llevan a los hilos de las tejedoras ancestrales como metáfora de las interconexiones del todo. Porque importa qué pensamos y repensamos, así como nuestra "Response-ability": la responsabilidad asumida como una habilidad de fornecer respuestas al gran problema.

La poesía, que es ante todo poiesis, siempre ha proporcionado respuestas y es, también por naturaleza, bioluminiscente. Tanto que ha iluminado utopías, lugares todavía no existentes pero sí pensados y por lo tanto posibles. En este gran giro epistémico hay que situar esta desvértebra que parte de la lección líquen y de la luz coral, que canta en comunidad lo profundo inaudible. Una voz que traspasa, retrocede al origen para contemplar las verdades biológicas, denunciar el desastre antropocénico, y enunciar un (cl)amor en defensa de la vida.

Así pues, Romaní nos lleva desde el pórtico de su obra a la memoria vegetal impresa incluso en el suelo del hogar, que pisamos, ante el abismo de un mundo que está al borde del colapso. Y contra el sometimiento levanta la memoria, la fisura, la materia y las posibilidades verbales del pre-lenguaje, la fuerza de una raíz vegetal que habla como una eclosión volcánica rompiendo las costuras, las suturas y rememora un "esqueleto acuático" donde todavía no existe la escisión.

Desandar es, pues, un avance inexcusable frente a la demolición y "las hostes del lenguaje" y su asedio, porque en la latencia sabemos que acecha un líquen, esto es, el rizoma de la esperanza. La poeta señala y denuncia la carencia ontológica cuando la libertad se niega a seres confinados, explotados, expoliados, que están por lo tanto "fuera de sí", "fuera de ser". Y se pregunta por las posibilidades del lenguaje para

verbalizar la extinción, la extenuación de un pueblo, de una cultura, y repensar el sabor de una boca sin toda esa Sombra:

¿podría yo hablaros de arizona  
del desierto de sonora  
de un pueblo extinguido  
y de las veredas que sus pies abandonaron  
al precipitarse  
cañón abajo?

¿podría convocar ese acento inhóspito  
con el que las ancianas despidieron  
a sus últimas hijas? ¿esa voz que amasa  
entre lengua y glotis  
la historia de las piedras en su boca?

Desandar es un avance inexcusable. Como comprender los mecanismos de la urdimbre, el taimado entramado de la postverdad. Alerta contra el “ruido atroz/ de cháchara y algoritmos”. Señala el camino luminoso de reencuentro con la materia, el cuerpo, la verdadera huella digital (la de los dedos), la sintaxis de la acción y lo que el habla toca: la autenticidad material frente al fake y la burocratización (volatilización) de la vida y del lenguaje. La poesía profunda frente a Tratados, Dictámenes, Lecciones, Notas de prensa, el código correcto, la proposición, el simulacro, el orden y la estructura de poder como una colmena de velutinas.

Ante todo ello, Romaní nos señala la esperanza que persiste: “necesito que sigas/ por si hubiese un claro”. Ante todo ello, Romaní nos señala, en la sección que lleva por título “la carne”, la lección animal de poder ser sencillamente, ese canto del hueso en la carne y nada más... Y nada más. El hueco, el giro, el vacío, el círculo, el anillo del gusano que repta y

fertiliza. Y nada más. La verdad. Respiración del erizo. Sustancias vibrantes amadas por la ameba. Reino de los protistas. Biopoesía. Aves que nos enseñan a fluir, dice Romaní, pues “nos traza la misma ala”. Somos con, o no somos.

El carácter político de esta obra se explicita quizás de modo más elocuente en la sección titulada “el giro”. Aquí ante la caza, el colapso, los vestigios, y el resto que queda de la Tierra, se verbaliza una “súplica exhausta” de un cuerpo-mundo-mujer que carga: ¿qué peso pueden soportar las columnas quebradas? Se suplica, por tanto, una estación de esperanza. Y de algún modo, en el poema “circe o el placer del azul (adaptación escénica)” se ensaya una liberación del mito griego, ahora ave, en estrecha resonancia con la obra de la escritora Begoña Caamaño, a cuya memoria está dedicado el libro. La sororidad que (se) abre paso como lección de comprensión y apoyo mutuo.

Además, este carácter escénico, que recuerda a otras experiencias de performance poética de Romaní, trazan tipográficamente las columnas de Horn y el eco del hielo que fueron y su luz líquida, derretida la palabra en la página. Pues la desvértebra es también deshielo, desprendimiento, desrealización y desverbalización. Amado desbordamiento poético:

también amamos  
la crecida que inunda las noches  
los líquenes de la orilla  
sus márgenes desbordándose

En las cartografías imprevistas que ensaya Romaní sobresalen sin duda las “pobladoras de sustratos”, esos organismos fluidos, huidizos, aliados de fósiles, pensamiento protista, fungi, liquen que persiste y crece en los espacios desolados

reconquistando la vida, poblando las ruínas, renaturalizando el desastre en comunal simbiosis simpoiética, como cualquier trashumancia humana que resiste en los márgenes y las diferencias:

somos pobladoras de sustratos  
 una bebe la luz otras la abrazan en el agua  
 y ninguna somos una ni la otra ni la misma  
 múltiples de nosotras nada nos ata a taxonomías jerárquicas  
 ni a la excepción de individuos únicos  
 nutrimos en simbiosis estas formas otras  
 quizá alga quizá hongo y levadura  
 quizá la forma que toma el aire en la cuarcita  
 (...)  
 en los giros que abrirá la desvértebra entre los dedos  
 y la mecánica de las teclas —cuando olviden este verso—  
 se asomará reticular la vida en alianzas  
 líquenes perturbando los marcos  
 tumulto de corales y trashumancias líticas  
                   —si siempre raras  
                   algo raras—

La excepcional cartografía de Romaní se resuelve, pues, en geometría líquida frente a la dureza del dominio que atrapa y limita, controla y disecciona. Y quizás por ello, un hilo sutil como el de Haraway, cierra el libro abriéndolo en el lenguaje total de todo lo creado: la disolución de la que procede, en último término, la vida, flotando en el mar, con la placidez de una columna que levita casi amniótica. Porque la finalidad de la vida es la vida en sí misma, Romaní nos enseña a “no hacer nada/ o nada más”, como en el poema de Elisabeth Bishop al que decide retirarse quizás para ver con esta nueva mirada el mundo.

Solo una poeta así Ve

Luminiscencias marinas de poblaciones nómadas  
y radiantes corpúsculos fluctúan incandescentes  
en la ardora que despliega el rictus (...)